

más alta la figura del vencedor de Maipú. Comprobamos con esto que, a través de cien años, esas disenciones no han perdido su virulencia y siguen pesando en el ánimo del escritor de hoy que para reivindicar la memoria de un hombre se ve obligado a mostrar las flaquezas de otro. Vemos que las simpatías y los odios se heredan, ya sea por afinidad de razas o de temperamento. Enrique Bunster, en esta actitud, ha procedido lealmente, de acuerdo con sus convicciones y con el criterio que se le formó después de conocer ampliamente aquella realidad. En las Memorias de Lord Cochrane hay buenos cogollos para referirse a San Martín y éste lo tuvo muy presente hasta el fin de sus días. Recordamos al respecto una frase que el argentino le dice a Pérez Rosales, cuando éste siendo un niño, le cuenta lo que de él se dice en Chile respecto al manejo de los fondos de la Expedición Libertadora: «Gringo badulaque, almirantito, —dice San Martín— que cuanto no podía embolsicar, lo consideraba robo». (Recuerdos del Pasado, pág. 102. Ed. Zig-Zag).

Ajustándose a los hechos, sin deformar ni aumentar la realidad, Bunster ha escrito páginas de gran amenidad y de indiscutible valor humano y asimismo histórico que reflejan en forma certera la personalidad de Lord Tomás Alejandro Cochrane, a quien Chile le debe una inmensa gratitud.

HIJOS.

Zig-Zag, acaba de lanzar a la publicidad en una buena traducción de Fernando Silva Y., otra de las novelas de Pearl Buck, la celebrada escritora norteamericana, agraciada con el Premio Nobel de Literatura. «Hijos» es la continuación de «La buena tierra» en los que se cuenta la vida de Wang Lung, aquel campesino chino que en compañía de O-Lan, su esposa llega a ser un gran terrateniente en la provincia donde vive.

El libro comienza con la muerte de Wang Lung. Ya ha muerto O-Lan y sólo viven las dos concubinas del viejo y rico

agricultor, Loto, que ya ha perdido su belleza y está convertida en una gruesa jamona que sólo piensa en beber y en jugar, y Flor de Peral, joven y agraciada, que cuida al viejo hasta su último instante con abnegación admirable. Los tres hijos de Wang Lung se reparten amistosamente la cuantiosa herencia dejada por el padre. Wang, el Mayor, obeso y dado a los placeres de la comida y de las mujeres va perdiendo poco a poco sus tierras. En cambio Wang, el Segundo, es un avaro de grandes condiciones para el comercio, en el que consigue los mayores éxitos. Llega a amontonar una fortuna colosal. El último de los hijos de Wang Lug, es Wang el Guerrero. Este había huído de la casa antes de que el viejo muriera. desesperado por un fracaso amoroso. Amaba a Flor del Peral, que por ese tiempo era esclava de su casa y de pronto lo sorprende la nueva de que el viejo la ha tomado de concubina. Wang el Tercero, se marcha a un lejano territorio, en donde entra al servicio de un viejo general. Y toda su ambición se dirige entonces a ser un señor de la guerra como su amo. La fortuna que hereda de su padre la invierte en armas y ropas para el pequeño ejército que forma.

Hasta que un día Wang, el hombre que no quiere saber nada de negocios ni de cultivo de tierras se marcha a iniciar sus aventuras bélicas. No le cuesta mucho conseguirlo. Se apodera del gobierno de un distrito y luego conquista otro donde manda un famoso bandido. Vuelve a enamorarse de una mujer de diabólica belleza, que termina traicionándolo. Y Wang el Guerrero, la mata con su propia espada.

Pero Wang el Guerrero se casa un día con dos mujeres. A ninguna de ellas la quiere. Se casa únicamente por tener un hijo. Y una de ellas se lo da. Y este hijo no quiere ser Señor de la Guerra, anhela como su abuelo Wang Lung, ser un agricultor.

Todo el desarrollo de estas vidas, la autora lo cuenta en un grueso volumen de más de cuatrocientas páginas y le da

margen para pintar la vida del pueblo chino, con su psicología y sus costumbres peculiares. Es en todo momento una lectura apasionante.

ESCRITORES IBEROAMERICANOS DE 1900.

Manuel Ugarte, el autor de estas páginas admirables es un escritor de prestigio continental. Su actuación en el mundo de las letras hispanoamericanas alcanzó una importancia de primer orden. Hombre de mentalidad superior, dotado de una fina sensibilidad artística, le tocó actuar junto a ese grupo de escritores de la más alta estirpe espiritual como fueron Rubén Darío, Amado Nervo, Leopoldo Lugones, José Santos Chocano, José Ingenieros, Vargas Vila, Gómez Carrillo y otros que dieron lustre y fama al ingenio de América.

En este libro, Ugarte nos describe el ambiente de los círculos intelectuales de París y de Madrid en los comienzos de este siglo. Allí tiene oportunidad de conocer y de alternar con escritores de primera fila, tanto de Francia como de España. Conocemos a través de estas páginas un poco de la intimidad de esos hombres que desde lejos nos parecieron verdaderos dioses. Y sin embargo para ellos la lucha era también dura, en algunos casos trágica. Vivían luchando en ese perpetuo drama de la incompreensión con que es tratado el artista que mezcla la realidad con los sueños, sin lograr jamás ubicarse en el verdadero sitio que ambiciona y que le corresponde por su alcurnia espiritual.

En este libro, Manuel Ugarte, traza con mano maestra la silueta de diez escritores a quienes conoció de cerca o que tuvieron alguna relación con él. Ellos son: Delmira Agustini, Francisco Contreras, José Santos Chocano, Rubén Darío, Enrique Gómez Carrillo, José Ingenieros, Leopoldo Lugones, Amado Nervo, Belisario Roldán, Florencio Sánchez, Alfonsina Storni y José María Vargas Vila.